

— Vamos, que bien te pasó por las mientes valerte de tus prendas para desde la cama de Mesalina encaramarte al trono de Claudio

— No hay tal.

— Bien quisiste ser tú Silio en persona.

— ¿Qué había de querer tal cosa, cuando Silio me condenó á muerte, y matárame sin remedio, de llegar al Imperio en su audaz conspiración?

— Nada; querías que Roma fuese dirigida por un farsante, y te has hecho tú mismo reo de alta traición al emperador, y reo de muerte inevitable con tus declaraciones y tu confesión.

— ¡Piedad, Narciso, piedad! Yo no fuí amante, yo fuí víctima de tal fiera; yo no fuí rival, yo fuí enemigo de Silio. No me matéis, no. Dejadme vivir tranquilo en vuestro seno. Dejadme divertir al pueblo con mis chanzas; mísero gusano, ¿qué le importa un ser tan imperceptible como yo á un ser tan grande como Claudio?

— ¿Quién dijo Claudio? — exclamó el emperador despertándose.

— Yo... — respondió el pobre actor lanzándose como un perro cariñoso al pie de la cama imperial.

— No pares atención en tal bellaco, Claudio, pues ha conspirado contra tu púrpura y tu honra.

— Dejadlo en el mundo. ¡Hízome reir tantas veces!

— No, Claudio — exclamó brutalmente su liberto; — ha dormido con Mesalina y ha conspirado con Silio.

— ¡No! ¡no! — gritaba el actor con un acento trágico tan ingenuo que hubiera tocado un corazón cualquiera, menos el empedernido y frío de aquel privado implacable, quien lo designó con expresivo gesto á los esbirros, cuyas rapaces manos, parecidas á uñas de águila ó garras de león, se lanzaron sobre su cuerpo y, llevándose, á pesar de lo mucho que se resistía y forcejaba, despedazáronlo con cruel ferocidad.

— ¿De veras? — pensó Claudio en sus adentros. — ¿De veras esta mujer había descendido tan bajo que llegóse á meter un actor en su cama y á urdir mi ruina con un joven patricio, el cual recibía de mis manos, como un perro sus mendrugos, el honorario consulado?

— Amigos — murmuró Narciso á las orejas de sus compañeros, — amigos, después de oír Claudio que Mesalina yaciera con un ac-

tor, no hay otro remedio sino reconocer que ha llegado la hora ya del acuerdo supremo y de la suprema sentencia.

— ¡Narciso! — gritó Claudio.

— Señor — le respondió el esclavo, bajando la frente, como para oír una orden á raja tabla.

— ¿No tienes hambre?

— ¡Por Hércules, que hame dejado frío! — exclamó Narciso.

— Pues tú no debes experimentar necesidad alguna, cuando á estas horas y tras tantas y tales fatigas ahí estás casi ayuno.

— Con todo cuanto aquí ha pasado, ¿quién puede sentir gana de comer?

— ¿Quién? Yo.

— ¡Tú, Claudio!

— Yo, Narciso.

— Debieras estar más desganado que ninguno de nosotros.

— Ve lo que son temperamentos y complexiones; me comería un buey como aquellos enormes que nos describe Homero en su *Iliada*.

— Comamos — dijo, aunque contrariadísimo, el mandón liberto.

— Sírvannos — ordenó Claudio con un imperio que no solía poner en cosas mayores.

— ¿Y no habrá medio — murmuró Narciso entre sus compañeros, — no habrá medio de arrancarle ahora mismo la orden de muerte que necesitamos fulminar muy pronto sobre Mesalina?

— Eso nadie debe saberlo como tú, Narciso, que dispones en absoluto de Claudio — dijéronle sobre poco más ó menos todos sus camaradas.

— ¿De Claudio? ¿Quién dispone de Claudio? Para dirigirlo hay que mirar mucho el cuadrante de todos los aires y que recoger con oportunidad la racha favorable á sus designios.

— Sentémonos á la mesa — dijo Claudio imponiéndose casi á todos, que no estaban de modo alguno con apetito á causa de la suprema y angustiosísima situación de Roma en tan críticos momentos.

— Tanto me place ir á la mesa como si me llevaran á la horca — exclamó Narciso.

— Pues ¿cómo? — le preguntaron sus compañeros.

— La ciudad adolece de un temperamento muy vario. Toda suerte de caprichos la persiguen y asaltan. Mientras observa y nota que se halla en estas nuestras manos el poder, no hay cuidado; síguenos y obedécenos, en parte por complacencia con los poderosos, en parte por conformidad á las cadenas y á la servidumbre, cual si dijéramos por hábito. Mas la medida exacta de nuestro poder se halla en la celeridad ó en la tardanza con que á Mesalina castigamos. Si nos ve seguros de nuestra fuerza, resueltos en los intentos, enseñoreados de nosotros mismos, implacables con los enemigos, fulminando sentencias como sus rayos Júpiter, no habrá duda: el pueblo y el ejército juntamente nos mirarán de hinojos y leerán su futura suerte ó destino en el blanco de nuestra retina. Pero si tardamos en dar órdenes y cumplirlas; si, por cualquier evento, retrocedemos, harán inmediatamente con Claudio y nosotros lo mismo que hicieron un día con Tiberio y Calígula, cuando los vieron perdidos: anticiparse á las iras del cielo y rematarnos para prosperar sus intereses entre los interesados del mundo.

— ¿Mas no comemos? — preguntó Claudio impaciente como un niño y sin oír ni menos atender á cuanto decía Narciso en su corro.

— Comamos — dijo éste, — comamos, Claudio, cuando quieras y como quieras. Nosotros hemos venido al mundo tan sólo para cumplir tu omnipotente voluntad.

Y se tendieron todos en sus respectivos lechos y ante la mesa perteneciente á cada uno por los viejos ceremoniales y etiquetas. Un profundo silencio reinó durante los primeros platos. Absortos los comensales en sus respectivos pensamientos, ninguno, con la sola excepción de Claudio, comía. Narciso estaba pensando que, al sonar minuto tan crítico, no le quedaba otro recurso ya sino el recurso de matar á Mesalina ó la resignación á su propia muerte. Los circunstantes, comprometidos ya todos en la suerte particularísima de Narciso, al ver su frente amplia y clara tan oscura de suyo y fruncida, columbraban en ella mil anuncios de tempestad y se perdían en mil inútiles cavilaciones. Así, apenas en tal comida se oía el ruido de copas y platos, mientras se oía mucho el resuello fatigosísimo de todos; y experimentábase cómo, desde un principio, maquinal é inconscientemente, los allí reunidos se habían

juntado en la operación negativa de no comer y en la no menos negativa de no hablar, por todo lo cual parecía convite de maniques el convite aquél, donde reinaba una especie de mecánica fuerza real, anudando en los gargueros las voces y reteniendo en los estómagos el apetito. El único que podía interrumpir aquel silencio era Claudio, quien, muy hambriento, al revés de todos, que si callaban unánimes, también unánimes no comían, por su parte comía y callaba. Mas, al quinto plato y á la novena copa, exhausta la sed y hastiada el hambre, escarabajeábanle mucho en los labios las mil especies que le bullían por el espíritu, y habló para preguntar:

— ¿Qué hará la emperatriz ahora?

— Malo, malo, malo — murmuró Narciso; — como no apresuremos la muerte suya estallará pronto la ruina nuestra.

— ¡Pobrecilla! — exclamó con dego tristísimo.

— ¿Compasión tenemos? — preguntó Narciso.

— Compasión profunda — le observaron algunos.

— Estamos perdidos — añadió el redomado liberto, llevándose á la frente la mano.

— ¿Qué hacer? — se preguntaron, quién muy vagamente con los labios, quién á la callada con los ojos.

— ¿Qué hacer? Pues por el pronto callar. Volvámonos orejas para oír cuanto dicen los labios, y ojos para ver cuanto revela el gesto — exclamó Narciso.

— Tierno lo veo — dijo un comensal — con el recuerdo y evocación de su mujer.

— Pues de llegar él á enternecerse, no me queda otro recurso á mí sino matarme — le respondió Narciso.

— Casi, casi — murmuró Claudio, — sería más cruel dejarla viva con sus remordimientos que segarle la cabeza, con la cabeza la conciencia y con la conciencia el castigo.

— ¡Válgame todos los dioses del Olimpo heleno y del Panteón romano! Por tal vivaz argumentación llegará de seguro á perdonar el cuitado.

— De todas suertes, Roma presenciará con júbilo un proceso tamaño.

— ¡Para procesar estamos! — observó Narciso. — El proceso trae aparejado el perdón.

— Debe decirsele que busque un buen abogado — añadió Claudio.
— ¿Qué oigo? — esto equivale á decirnos que busquemos nosotros un buen verdugo.

— Casi, casi, me alegro de todo cuanto ha pasado por asistir á una causa tan célebre.

— Ya escampa — observó Narciso.

— Y casi, casi, por amor al arte, debía darle yo esta noche misma consejos con relación á su defensa y asesorarla con respecto del abogado que debía escoger para su defensa. Yo soy, antes que todo, un jurisconsulto. Gústame á mí sobre todo la materia jurídica. Y no veo ahora tanto en Mesalina la esposa que me acaba de faltar á mí con tantos y tan diversos amadores, como la triste requerida en altísimo tribunal bajo una horrible acusación de adulterio, y de adulterio reincidente. Si la viera yo á solas esta noche misma un rato, daríale consejo sobre la persona que debe para su valedor escoger entre los jueces; sobre la noble actitud que debe presentar á los ojos de una muchedumbre aviesa, y nerviosa por ver una víctima tan alta; sobre los medios conducentes de manera más fácil á su defensa. Debo yo mismo aconsejarla y dirigirla. ¿No soy su Emperador, además de su marido? Y además de su Emperador y su marido, ¿no soy su juez? ¿Puede uno tener tantas relaciones por tanto tiempo y tantos vínculos con una mujer y dejarla, en trance como este, abandonada?

— El cuitado nos perderá — exclamó Narciso al oír todo aquello. — Tras los trozos de carne y los jarros de vino que se ha echado entre pecho y espalda, siente la sangre voluptuosa hirviendo en las venas, y es capaz de pasar esta noche con su mujer otra nueva noche de novios. No será, no, en mis días. Acabemos ya. Seamos emperador omnipotente y esposo agraviado en lugar de Claudio, que no sabe serlo.

Así es que se levantó del purpúreo lecho Narciso; corrió á la puerta con precipitación; llegóse hasta el atrio de la casa cesárea; y encontrando allí un tribuno militar junto con varios soldados, en voz alta y con gesto imperioso les dió la orden de que se personaran en los huertos de Lúculo y matasen á la emperatriz Mesalina sin piedad y sin tardanza.

Los jardines de Lúculo servían á Mesalina de refugio. Había-

los codiciado con codicia insana toda su vida, y apareciánsele á manera de campos fúnebres, donde la infeliz erraba, cual un alma en pena, por los confines de la muerte. Brusco, brusquísimo el contraste manifiesto entre sitio como aquél, de verdaderas delicias, y ánimo como su ánimo, de terribles agonías. Epicúreo Lúculo, en la decadencia del mundo antiguo iniciada por la tiranía, llevó sus refinamientos de gusto en mesa y habitación donde los llevara el despotismo asiático. Las cenas suyas y los jardines suyos maravillaban á todos; y el renombre adquirido por estas maravillas trascendía mucho, así á las artes como á la historia. Nada tan recargado cual sus verjeles. En el mirto había tallados cuadros vegetales, representando, así efigies y simulacros de olímpicos dioses, como efigies y simulacros de viles bestias. Teatros al aire libre con maravillosas decoraciones compuestas por los ramajes y por los ramilletes aguardaban farsas y comedias campestres. Discurrían, serpenteando por doquier, los arroyos, compuestos con las claras aguas que los cercanos Apeninos prestan á la Ciudad Eterna, las cuales aguas, límpidas en su fluor y melodiosas en su curso, desaguan en estanques parecidos á grandiosos espejos argénteos. Guirnaldas, en que los más varios matices de las más brillantes corolas se juntaban en suaves iris, tendíanse por los deliciosos bordes, así de lagos como de arroyos, ofreciendo indecibles encantos al olfato y á la vista. Rosas otoñales de Chipre y Alejandría, jacinchos de Sicilia, violetas de Mantua, galanes de noche bordaban todos aquellos follajes. El acanto con sus hojas estriadas componía por las paredes y por los suelos alfombras y tapices. Alamedas formadas por toda clase de árboles abríanse en todas direcciones, interrumpidas por pajareras multicolores, albergue de pintadas y canoras aves. Los álamos, que subían al cielo, sustentaban sobre sus copas la hiedra y la parra, que los abrazaban, aquélla con sus ramos lucientes y ésta con sus pámpanos teñidos por el otoño de suaves graduadas tintas. Por las colinas, cortadas en maravillosos escalones parecidos á tiestos, campeaba una flora tan oriental, que los creeríais en las orillas del Tíber traslado y trasunto de los erigidos y plantados por Semíramis en las orillas del Éufrates. De vez en cuando las obras arquitectónicas cooperaban á una, con sus líneas y con sus moles, á variar las innumerables vistas presentadas por

aquellos elíseos campos. Ménulas de jaspe y pórvido en medio de las florestas; bancos de mármol en los verdes parrales; columnas de alabastro entre las copudas hojas; relieves cincelados por finos buriles sobre cuadros de obscuro mirto; estatuas representando las divinidades propias de la floescencia y de la fructificación añadían encantos con sus cortes geométricos á la vegetación. En las grutas, que, por lo bien dispuestas, creeríanse naturales, ordenábase todo al fin capital del goce y del recreo, cerniéndose con tal arte la luz diurna y murmurando con tal música las aguas corrientes, que veíase ninfas innumerables con entornar los ojos un tanto, y con abrir los oídos recogíais en ellos idilios de Teócrito y de Virgilio. Por unos y otros lados de las grutas extiéndense laberintos confusos, formados por verdes laureles, ofreciendo miles de revueltas y pres-tándose á juegos de sabrosos escondites. Á la vuelta de tal encrucijada se topa con amplia pradera toda cubierta de florecillas, á cual más diminuta y al par más oliente, donde se puede correr al sol y al aire libres, en tanto que, á la vuelta de cualquier otra encrucijada, murmura susurrante y ofrece obscuridad y sombras un tan copudo y entrelazado bosque gratísimo que puede ofrecer en días plenos verdaderas noches para el descanso de las siestas. Los juegos de aguas claras alternan caprichosamente con los arreglos de árboles y flores, lanzando chorros á las alturas, que luego caen resonantes é impetuosos en cascadas para serpentear á manera de arroyos sobre las pintadas y lustrosas guijas. Bajo sauces llorones que sugieren dulce melancolía, sobre planteles de violetas que huelen á gloria, el arte hidráulico romano ponía órganos compuestos por caños y surtidores concertando una extraña música. Pocas delicias comparables á las fuentes brotando en cuevas frescas formadas por caracoles y madreperlas en lo profundo, y á los miradores en lo alto, desde cuyas ventanas se columbran las líneas majestuosas de la campiña tan sublime y las cumbres violáceas del celeste Soractes coronadas por nieves eternas y esplendentes á los toques del cielo y del sol meridionales. Y en aquella estación los higos destilaban mieles olorosas, los racimos relucían so los pámpanos, comenzaba el purpureo de las naranjas, caían sobre la tierra de sus zurriones las almendras, el manzano se doblaba rendido bajo el peso de las multicolores pomos, olían á mosto los lagares y al áureo

aceite las almaceras, mientras los címbalos y los tambores y los hierrecillos y los flautines y los panderos de las bacantes henchían los aires de múltiples y voluptuosas armonías entre la exuberancia de vida proveniente del espíritu embriagador que prestan al otoño, esa estación de las cosechas, sus regocijadas vendimias.

Pues en aquel océano de savia; en aquella orgía de colores; entre bandadas de aves que regocijaban los aires; junto á ramos de gayas florestas; cuando los aromas excesivos trastornaban el seso á todos de alegría y el regocijo bacanal remontaba desde las viñas á los cielos; en aquella continua invitación al gozo y al placer, Mesalina se apercibía y aparejaba tristemente á la muerte, no con esa conformidad sublime de las almas grandes que descubren un ocaso natural en el morir, con la resistencia de quien ama la vida para divertirla y dispendiarla en el vicio. Las liras de las músicas aves, el concierto de las corrientes aguas, los espectáculos de aquellos paisajes que se descubrían por doquier á cada paso, los efluvios despedidos por tantas frutas maduras á los besos del sol generador, los picores y excitaciones que dan tantos aromas, derramaban por sus venas el calor de vida nueva y el deseo de vivir, cuando recelaba la cuitadísima de topar con el esbirro inmolador y de ver la muerte abriendo á sus ojos las tristes alas de murciélago, en que nos transporta calladamente á las espesísimas tinieblas y á los profundos abismos, de donde nunca jamás vuelven los infelices mortales. Mesalina se revolvía en la inmensa floresta como la tigre prisionera en la jaula. Sus ojos volvíanse y revolvíanse á todas partes en busca de un seguro contra las amenazas que sobre su cabeza, en aquel trágico momento, se amontonaban y cernían. Golpeábase con redoblados golpes la frente, como queriendo sacarle con esfuerzo y violencia un recurso capaz de librar su vida. De vez en cuando invocaba las divinidades protectoras suyas en asaltos de religiosos deliquios; y si creía que no la escuchaban, revolvíase á las divinidades infernales para que le prestaran algún poder sobrenatural y la sacaran de su amargo trance. Hasta la magia empleó en busca de sortilegios bastantes á petrificar sus enemigos y darle aquel milagroso poder, ejercitado un tiempo, sobre los sentidos de todos con tan extraño imperio. Poco antes del momento fatal, que aparejaban los sayones de Narciso, como hubiese pasado algún tiempo entre la

llegada de Claudio y las temidas disposiciones, creyóse completamente salva, indemne, redimida por olvidada. Aunque á cada instante iban llegándole nuevas de amigos inmolados en la misma tarde aquella en que había caído á los pies de Claudio y chocado con las repulsas de Narciso, todavía confiaba en el estúpido amor de su imbécil esposo. Una tras otra le llegaron en espacio brevísimo las siniestras noticias del descabezamiento y muerte de los numerosos amigos inmolados por sus atrevimientos en aquella hora de venganza, y no sintió emoción alguna en su corazón, endurecido por el terror y embargado por su propio instinto de conservación. En las épocas de guerras civiles y exterminios sociales, todas las criaturas humanas pierden sus mejores sentimientos y, encerradas en el peculiar egoísmo propio, descuidan y olvidan á los demás mortales, despojándose de aquellos afectos de compasión y caridad en cuyo fondo late siempre la fundamental unidad humana. Mesalina, en su naufragio, no se paraba, no, á ver quién moría por sus dos lados y se ahogaba. Ni siquiera la muerte de aquel Silio tan querido movió su sentimiento, embargado en la propia defensa. ¡Con cuál envidia miraba la emperatriz los campesinos y los jardineros confundidos casi con las bestias, pero preservados por su triste humilde condición de las desgracias que probaban sus fuerzas en aquel supremo instante y la tenían colgada como de un cabello sobre la eternidad, en cuyos abismos insondables no se atrevía su mirada triste á penetrar entre los escalofríos de su agonía, tanto más terrible cuanto que le asaltaba en toda su plena salud y robustez! ¿Por qué no cambiaría con cualquier ser seguro de vivir, con las aves nocturnas escondidas en los huecos de las obscurísimas grutas, con las imperceptibles hormigas del suelo, con los peces olvidados en el seno de las aguas? ¿Á qué recordarla? Díeránle una isla, siquier fuese aquella Pandataria tan triste, donde Augusto desterró á su Julia, y seguramente viviría feliz, siquier sola, entre la mar y el cielo, como una gaviota sobre su escollo solitario.

Estas y otras ideas rodaban por la cabeza de Mesalina, en los desvaríos de su imaginación, ya sobrecogida por una especie de demencia, y en los arrebatos á todo el ser suyo impresos por los estremecimientos del miedo. Mientras no se vieron la emperatriz y el emperador, todos creían en el imperio ejercido por la graciosa

y sensual mujer sobre la flaca complexión y la muelle voluntad del esposo. Pero en cuanto resistió éste con tanta fuerza los halagos de aquélla, en cuyos brazos rendidos yaciera por tan largo tiempo, y asaz de esto entregó en defensa de sí propio el mando á Narciso, vióse con claridad cómo una fulminante sentencia hería la cabeza de Mesalina, condenada por fin á irremisible muerte. Todos aquellos que caen de muy alto se aturden, si no mueren al golpe; y la emperatriz se aturdió en tales términos, que no comprendía su desgracia, y al aturdimiento entumeciéronsele la voluntad y la inteligencia. Por eso no veía que, mientras le acompañaran muchas gentes desde su casa regia del Palatino á la vía de Ostia, nadie fué osado á seguirla y acompañarla desde la vía de Ostia, donde recibió la notificación de su desgracia irremediable, al huerto de Lúculo, refugio postrero de su agonizante vida. Ni una litera encontró al regreso. Los esclavos, que la condujeran en guisa de diosa, y los cortesanos, que la siguieran como en procesión, huyeron cual banda numerosa de aves tímidas que columbran en las alturas al milano, cuyos ojos relampaguean odios y cuyas garras buscan presa. En semejante abandono la cuitada no encontró quien la llevase al asilo designado en los horrores del naufragio. Un carro de basura que pasaba, se detuvo al ruego suyo y la transportó, como pudiera con cualquier espuerta ó serón de inmundicias, al sitio de su agonía, con menos ceremonia que gasta un mataraz conduciendo el carro de la carne recién muerta desde las losas del matadero á los depósitos de la carnicería. Varias esclavas únicamente acorrían y acompañaban á la moribunda. Á estos humildísimos seres, como un desquite por la igualdad tomado contra quien la desconoce, habíanse huído afectos no usuales en las altas clases nobles á la sazón corrompidísimas, afectos de fidelidad y gratitud muy raros en la Roma envilecida por el despotismo y acobardada por el terror. Con ellas departía en estos momentos de angustia última, y en ellas libraba sus últimas confidencias. Las pobres no se forjaban las ilusiones que su ama y veíanla ya muerta. Cada vez que sonaba un paso creían llegada la sentencia definitiva y sonado el minuto de la suprema ejecución. Pero Mesalina, en su desvarío, imaginaba el manto imperial pegado á su cuerpo como la piel, en términos de no poder nadie arrancárselo, y su vida mezclada en tal modo con la de